



Sobre toda esta máquina, estaba al arquitrabe, friso y cornisa grande, en proporción, y en el friso estas palabras, con letras de oro:

*D. Margaritæ Austriæ D. Philippi III.  
Hispaniarum regis potentissimi uxori  
Carissimæ, S. P. Q. V. dicavit anno 1599.*

Sobre la cornisa algunos balaustrés, terminados con ciertas ménsulas, y á los lados se remataba todo con sendas pirámides pequeñas, ó agujas, que tenían sendas banderolas blancas, con las armas de la ciudad de Valencia. Sobre el arco de medio subía mas el edificio, y primero estaban dos brazos asidos de las manos, que sustentaban un globo, ó esfera del mundo, con esta letra:

*Para mas, si mas hubiera.*

Eso se terminaba con unas ménsulas graciosamente, y sobre esto las armas de sus Majestades, subiendo el edificio como una torre, para rematarse con una cúpula ó cimborio, sobre el cual había otra pirámide con su banderola, como las otras. El reverso del arco ó arcos de acia la parte de levante, era tan hermoso y vistoso, como la frontera, y en todo semejante á ella, sino que sobre los dos arcos de los lados había diferentes pinturas. A mano derecha, un capitán que besa la mano á otro, con esta letra:

*A Oton vence Rodulfo, y dále ufano  
Luego á besar la victoriosa mano.*

A mano izquierda un ejército que huía de otro, con esta letra:

*Vuelve Oton afrentado, y Etelfrida  
No quiere en su ciudad darle acogida.*

A los cuatro lados de la frontera y otra parte del arco, había cuatro pirámides de sesenta piés en alto, que parecían de mármoles de diversos colores, y con esto se ocupaba toda la anchura de lo mas ancho del mercado. En diversas partes de la ciudad había algunas como naves, que en la popa tenían una letra muy grande dorada, con diversas divisas y insignias, y todas las letras, que en diferentes partes estaban, venían á formar el nombre de MARGARITA.

Salió pues su Majestad domingo de mañana de San Miguel de los Reyes en su carroza con la archiduquesa, su madre, y con el serenísimo archiduque Alberto, con su guarda y grande acompañamiento de caballeros; y desta manera llegó hasta la puerta de la ciudad. Allí fué recibida de los jurados y otros ministros principales de la ciudad y reino de Valencia, vestidos los jurados de gramallas de brocado, y los demás con otros diferentes, segun la diferencia de sus cargos. Hubo aquí cierta diferencia entre los jurados y los grandes, acerca de los lugares; y al fin los jurados, con otras personas principales, tomaron las varas del palio, bajo del cual había de entrar su Majestad. Aquí apeó de la carroza, y subió en una hacanea, y la archiduquesa su madre en otra, y todas las damas que venían en sendas. La hacanea de la reina tenía dos cordones largos de seda colorada y oro, que servían como de riendas, y estos los llevaban de una parte los varones y señores principales del reino, vestidos de gala con su traje ordinario, y de la otra los oficiales que llaman del Quitamiento, que son de la ciudad y reino, con ropas talares de terciopelo y damasco negro.

Estando aquí, vinieron algunos grandes y señores de título, con el duque de Nájera, á recibir á su Majestad; y hechas sus ceremonias, se volvió el duque á la iglesia mayor á aguardarla. Estando ya á la puerta todo á punto, se comenzó á encaminar la gente que iban, en esta forma: Al principio cinco compañías de ginetes, que son la guarda de la costa de aquel reino, con sus trompetas, vestidos todos con marlotas ó sayos vaqueros de grana y

pasamanos de seda, y sus capitanes ricamente vestidos. Siguiéron á estos los atabales, trompetas y chirimías de la ciudad, todos con ropa de grana hasta los piés, en número de casi treinta, y con ellos los trompetas del rey de su librea, otros casi veinte, que sucesivamente, ora los unos, ora los otros, iban tañendo. Tras destes, sin orden ni distinción entre caballeros particulares ó títulos, venían á tropas gran número dellos, que eran bien mas de cuatrocientos, todos á caballo en hermosísimos caballos, con aderezos dellos y de sus personas, no menos ricos que hermosos, como se dirá. La mayor parte destes llevaban sus criados, quíen seis, quíen ocho, quíen doce, quíen veinte, quíen veinte y cuatro, y quíen mas; vestidos todos de hermosas y costosas libreas de raso, terciopelo, brocado, de telas de oro y plata, cuáles guarnecidas de fajas de tela de oro, cuáles bordadas, con calzas de diversas hechuras y cortes, con gorras de terciopelo y cordones de oro, y otros de bordados, y otros de perlas, con plumas y martinetes en ellas, y algunos también con cadenas de oro al cuello; que por ser estas libreas de diversos colores, parecia esta variedad un prado hermosísimo en mayo, vestido de diversas flores; y esto en parte concurría á hacer este día mas alegre, de manera que en este género no parecia que se pudiese mas desear. Hermoseaba también sobremanera este espectáculo la librea de su Majestad, que era de amarillo, colorado y blanco, casi todo de terciopelo, y vestíanla como setecientos, entre españoles, valones y tudescos, pero con diversos trajes, conforme á la diferencia de la nación ú oficio. Los caballeros castellanos, aragoneses, valencianos, italianos, flamencos y franceses, hicieron noble muestra de su riqueza y pompa en los vestidos. Salieron muchos vestidos de brocados de diversos colores, otros bordados los vestidos hasta la gualdrapa del caballo, algunos de plata, otros de oro, otros de perlas, y todo tal que merecia particular relacion. Tras los caballeros venían cuatro maceros con las mazas en los hombros, y luego los mayordomos de la reina, y diez y seis grandes de España, que fueron: el almirante de Castilla, los duques del Infantado, Alburquerque, Gandia, Humala, Híjar; el marqués de los Velez, los condes de Benavente, Miranda, Lemos, los principes de Oria, de Marruecos, de Malfet, de Oranges, don Pedro de Médicis, y don Juan de Médicis. Seguían á los grandes los cuatro reyes de armas con sus cotas bordadas de armas del rey; y la guarda de á pié con su librea hacia hermosa muestra. Después venía solo el conde de Alba de Lista, también grande; pero venía en este lugar, porque era suyo, como mayordomo mayor de la reina, y venía con su bastón acotumbrado, y tras dél don Juan Idiaquez; caballerizo mayor de su Majestad, á pié, y luego su Majestad, caballera en su hacanea, entre baya y blanco, bajo del palio.

Llevaban el palafren de la reina los que arriba dijimos, hasta en número de veinte; y otros tantos entre jurados y caballeros valencianos, llevaban el palio ó baldoquino, que era colorado. Iba su Majestad vestida de una saya de tela de oro y plata, bordada de riquísimas perlas y piedras preciosas de gran número y valia. El aderezo de su cabeza era singular, porque también su cabello lo es: tenía colgadas dél por infinitas partes muchas perlas gruesas, que hacia hermosa vista. Después del palio venían la serenísima señora archiduquesa Maria, madre de su Majestad, á mano derecha del serenísimo archiduque Alberto, el cual iba vestido de azul y blanco, como también era su librea, por ser divisa favorecida de la señora infanta. La archiduquesa iba con su traje de viuda tudesco. Luego venía la duquesa de Gandia, doña Juana de Velasco, camarera de su Majestad, y tras della, sin mirar orden de dignidad, muchas damas, todas en hacaneas, acompañadas de caballeros, uno á mano izquierda de cada una; y ellos y ellas riquísimamente vestidos. Y por remate de

todo muchos coches de á seis y cuatro caballos, y en ellos las demás damas y dueñas de su Majestad y de la archiduquesa su madre. En suma, fué vista, que ni mas rica, ni mas varia, ni más hermosa, ni en mayor número ni diversidad de gentes, vestidos, joyas y preseas, se acuerdan los nacidos de haber visto, ni los pasados nos dejaron escrito. Con este orden pasaron de la puerta que llaman de Serranos, hasta la plaza de San Bartolomé, y torciendo á mano derecha por la calle de Caballeros hasta el Tozal; de allí, volviendo á mano izquierda por la Bolsería abajo, y luego al mercado de un cabo al otro, y por de frente á la iglesia y monasterio de Nuestra Señora de la Merced, á los Colchoneros, y á la calle de San Vicente, torcieron á mano izquierda por la plaza de los Cajeros á San Martín, y por los Guadamacilleros á la iglesia mayor.

En la iglesia mayor se había hecho un cadahalso de nueve piés en alto, que tomaba todo el cuadro que está en medio del crucero de dicha iglesia, bajo el cimborio, y llegaba hasta la peana del altar mayor, y tenía setenta piés de largo, y de ancho cuanto es la nave de medio, que es cincuenta piés. Por los dos lados que respondían á las dos puertas de la iglesia que están en el crucero, comúnmente llamadas de los Apóstoles y del Palacio, había dos escaleras harto cómodas. La una, que estaba á la parte del evangelio, de frente la puerta de los Apóstoles, era tan ancha, que podían subir por ella ocho personas á la par, y tenía sus barandas. La otra, que respondía á la puerta del Palacio, estaba cubierta y defendida con una puerta, y allá abajo al cabo del cadahalso había otra escalera mucho mas cubierta, hecha solo para que el rey, la infanta y sus damas subiesen á su tiempo. Estaba la iglesia colgada de ricos paños de brocado y tapicería, hecha de oro y seda, y el cadahalso y escaleras cubierto de hermosísimas almohbras. Arriba, en medio del cadahalso, había dos estrados riquísimos; el uno estaba de frente á la escalera mayor que dijimos, capaz para tres personas, con sus almohadas de brocado; el otro cerca del altar mayor, capaz de cinco, con otras tantas almohadas de lo mismo. El altar mayor estaba ricamente aderezado con un frontal nuevo, hermoso y rico de tela de plata, bordado y sembrado de gruesas perlas, que con una capa, casulla, dalmática, albas, bolsas y todo lo necesario para el altar, de la misma materia, hechura y riqueza, se había mandado comenzar del rey nuestro señor, que está en el cielo, y le mandó acabar su hijo solo para esta solemnidad. Sobre el altar había seis blandones de plata dorados, hechos por mano de artífice primo. Detrás del altar mayor había un corredor ó paso harto ancho, al cual se entraba por la parte de la epístola y evangelio, que se hizo para que se vistiesen los prelados que habían de celebrar, como se dirá. A las puertas de la iglesia y subidas del cadahalso, había gruesas guardas de alabarderos y archeros de su Majestad, vestidos de la librea que dijimos, que hacían con su orden y postura hermosa vista.

Mientras la reina daba la vuelta por la ciudad, estaba el rey y la infanta en una casa llegada á la iglesia mayor, por la parte de la puerta de los Apóstoles, que tiene de frente toda la plaza que llaman de la Seo, donde la reina había de apearse; y púsose aquí para ver el acompañamiento. Acabada pues la vuelta, llegó la Majestad de la reina á la dicha puerta de la iglesia á las dos de la tarde, y apeó de la hacanea ayudada de la duquesa de Gandia, su camarera mayor, y de don Juan Idiaquez, su caballerizo mayor; y allí fué recibida del patriarca, arzobispo de Valencia, que vestido de pontifical, con una hermosa cruz de reliquias en las manos, acompañado de las dignidades y canónigos de su iglesia, todos con capas, la estaban aguardando. Y así en procesion, mientras los cantores iban cantando la antifona *ista est speciosa etc.*, subieron al cadahalso, y el patriarca y su capitulo llegaron hasta el altar mayor; y la reina, la archiduquesa su madre, y el sereni-

simo archiduque se arrodillaron en el primer estrado que dijimos ser capaz para tres, y detrás inmediatamente se pusieron muchas señoras y damas de la reina, infanta y archiduquesa, cercadas por todas partes de los caballeros que habían acompañado á la Majestad de la reina. A los lados del estrado, donde estaban arrodillados su Majestad y Altezas, se pusieron en pié los diez y seis grandes que dijimos, ocho en cada parte, y allí se vió en junto la hermosura y riqueza de tantos vestidos de caballeros y damas, que si de cada uno se hubiese de decir en particular la grandeza que traía, se había de gastar mucho tiempo: sé decir que fué tal, que no se puede contar. Quieren algunos que llegase á la suma de tres millones.

Acabada el patriarca su ceremonia, y hecha su corteja, se paró al corredor que estaba tras del altar, por la puerta de la epístola, y los que le acompañaron se bajaron, por la parte secreta que dijimos, acia la sacristía. Y mientras el patriarca, arzobispo de Valencia, se desnudaba de la capa y se vestía para decir la misa primera al rey y reina, el patriarca de Alejandria, don Camilo Caetano, nuncio de su Santidad, salió por la parte del evangelio vestido de pontifical, de amito, alba, cruz, pectoral, estola, capa y mitra, acompañado de ocho capellanes de los mas principales de su Majestad, vestidos con sobrepellices y capas, con su cruz delante. Y llegados al altar, y hecha reverencia á la reina, se puso en el evangelio, esperando que el rey viniese con la señora infanta su hermana. Vinieron su Majestad y Alteza, y subieron al cadahalso por la escalera mas secreta que dijimos, vestidos ambos de blanco, de telas de plata y oro, cubiertos de infinitas perlas y piedras preciosas. El rey, en particular, llevaba un capotillo de tela de oro en campo leonado, todo bordado hermosa y artificiosamente de perlas, y tenía la vuelta del cuello y cordon de la gorra cargado de diamantes y otras piedras preciosas de inmenso valor. Llegados, hecha reverencia al altar, y correspondido del nuncio, partiéndose la reina de su estrado se fué á encontrar con el rey, y se toparon entre el primero y segundo estrado. También el nuncio, vestido de pontifical, con su mitra puesta, como arriba se dijo, se encaminó acia donde estaban sus Majestades; y llegado, hecha su reverencia, se volvió al rey, y con voz alta y clara dijo: *Catholice et potentissime rex, approbat et ratificat sacra catholica regia vestra majestas matrimonium, quod serenissimus archidux Albertus tamquam procurator majestatis vestrae, et ejus nomine contraxit cum catholica et serenissima regina Margarita hic presente, et quod sanctissimus Papa noster Clemens more solemniter celebravit?* Respondió su Majestad: *approbo et ratifico.* Y el nuncio, hecha reverencia, se volvió á la reina, y dijo: *Catholica et serenissima regina, approbat et ratificat sacra catholica et regia vestra majestas matrimonium, quod majestas vestra contraxit cum catholico et potentissimo Rege Philippo hic presente et nomine majestatis suae cum serenissimo archiduce Alberto tamquam ejus procuratore, et ejus nomine et quod more solemniter sanctissimus Papa noster Clemens celebravit?* Respondió la reina: *approbo et ratifico.* Añadió el nuncio: *El ego ex parte sacrosanctae romanae et apostolicæ ecclesiæ hanc approbationem et ratificationem matrimonii inter majestates vestras hic presentes contracti et celebrati, per sanctissimum Papam nostrum Clementem recipio in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amen.* Y hecha su reverencia, se volvió al archiduque el nuncio, y le dijo: *Serenissime Alberte, archidux Austriæ, approbat et ratificat celsitudo vestra matrimonium quod vestra infante hic presente et ejus nomine cum Antonio duce Sessæ tamquam ejus procuratore, et quod more solemniter Papa noster Clemens celebravit?* Respondió el archiduque: *approbo et ratifico.* Volvióse finalmente el nuncio á la señora infanta, y dijo: *Serenissima Isabella, hispania-*

rum infans, approbat et ratificat vestra celsitudo matrimonium, quod Antonius, dux Sessæ, quantum procurator celsitudinis vestre et ejus nomine contraxit cum serenissimo Alberto, archiduce Austriæ, hic presente, et quod more solemnè sanctissimus Papa noster Clemens celebravit? Respondió la señora infanta: *approbo et ratifico*. Y el nuncio: *et ego ex parte sacrosanctæ romane et apostolicæ ecclesiæ hanc approbationem et ratificationem matrimonii inter celsitudines vestras hic presentes contracti et celebrati per sanctissimum Papam nostrum Clementem recipio. In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amen*. Y hecha su reverencia, comenzó la capilla real el psalmo *Laudate Dominum omnes gentes, con Gloria patri*, y se encaminaron acia el altar con este orden: La cruz delante, luego los capellanes de dos en dos, luego el nuncio, detrás dél el rey, que llevaba á su mano derecha al archiduque y á la izquierda á la reina, y á la mano izquierda de la reina iba la infanta, y á la izquierda de la infanta la archiduquesa, todos cinco á la par, y llegados al estrado mayor que estaba delante del altar, se arrodillaron todos cinco con el mismo orden; y el nuncio, con sus ministros, subió al altar, y hecha reverencia, se puso en pié al lado de la epístola, sin mitra, y cantó ciertos versos y la oración: *Deus qui corda fidelium etc.* La cual oración acabada, y respondido *amen* de los cantores, haciendo reverencia al altar y á sus Majestades, se entró en el corredor por la parte de la epístola con sus ministros, y allí se quitó la capa y se vistió para la segunda misa. Ya el patriarca, arzobispo de Valencia, estaba vestido de pontifical, de casulla y el palio sobre ella, y ocho capellanes de su Majestad, de sobrepellices y capas, y diácono y subdiácono, ellos y el patriarca vestidos del ornamento nuevo que dijimos; y cuando el nuncio se entró por la otra parte, salió el patriarca por la del evangelio, con sus ministros y cruz delante, puesta la mitra para celebrar la primera misa. Y hechas las reverencias que se debían, comenzó misa rezada de la *Dominica in albis*, con oración *Pro sponso et sponsa*, y un solo *Per Dominum nostrum etc.*; y los cantores de su Majestad, como si la misa fuera cantada, cantaron en el coro los kyerries, gloria y credo, y algun motete. Dieron en esta misa (dicho el Evangelio) á besar el Evangelio á sus Majestades, y hizo esta cerimonia el obispo de Orihuela por este orden: al rey, reina, archiduque, infanta y archiduquesa, haciendo primero sus cumplimientos el rey con el archiduque, y el archiduque con la archiduquesa. Hizo el ofertorio, y fué que el patriarca, puesta la mitra, tomó con ambas manos la patena, y bajada la peana del altar, se llegó al estrado que estaba apartado della como cuatro piés, y asimismo, con su mitra, dió á besar la patena al rey, el cual, habiendo recibido de su capellán mayor un cirio de cera blanca como de una libra, puestas en él sus armas de oro, y fijada una dobla de á cuatro en él, la ofreció, recibéndola de su mano el diácono que servía á la misa. Lo mismo hizo la reina, porque el archiduque y la infanta ofrecieron después á la segunda misa que dijo el nuncio, como después se dirá. Y vuelto el patriarca al altar, se lavó las manos, todavía con su mitra, y prosiguió la misa hasta el *Pater noster* inclusive, y antes de decir *libera nos quæsumus Domine etc.*, se volvió á los desposados estando en el cuerno de la epístola sin mitra; y dijo leyendo dos oraciones que están en el misal en la misa *pro sponso et sponsa*: la una *propitiare Domine etc.*, la otra *Deus qui potestate virtutis tuæ etc.* Y acabádoles volvió á decir su misa, hasta el dar de la paz, que tomaron primero todos los ministros, y luego el obispo de Orihuela tomó una patena de plata, y fué á dar paz al rey y á los demás que estaban en el estrado, como se acostumbra en la capilla real, y después de haber usado entre sí sus cumplimientos, recibieron paz por el mismo orden que besaron el Evangelio. No hubo comunión, porque el

dia antes habían sus Majestades y Altezas comulgado; llegó la misa al *ite missa est*, y entonces el patriarca se volvió á los desposados, y dijo rezada la oración: *Deus Abraham et Deus Isaac etc.*, que está en la misa *pro sponso et sponsa*, como las de arriba, echando agua bendita al rey y reina solamente, y vuelto acia el altar, dijo *Placeat etc.* Vuelto después al pueblo, sin mitra, les dió la bendición pontifical solemnemente, y acabada, antes que el patriarca volviese al altar, uno de los asistentes publicó las indulgencias en esta forma: « Nuestro muy santo padre Clemente, por la misericordia divina papa octavo, concede á sus Majestades estando confesados y comulgados, plenaria remision de todos sus pecados, y á los que han estado presentes á esta misa, y rogaren á nuestro Señor por la felicidad deste matrimonio, y por el saludable gobierno destes reinos, por la exaltacion de la Iglesia católica y concordia de los principes cristianos, treinta años de perdón en la forma acostumbrada de la Iglesia. Y luego vuelto al altar acabó el patriarca la misa, y se entró con el mismo orden que salió por la parte de la epístola al corredor; y en el mismo tiempo, por la otra parte salió el nuncio con el mismo orden, y hechas sus reverencias al altar, Majestades y Altezas, comenzó la misa del archiduque y infanta, mudando los lugares del estrado, esto es, que al lugar del rey pasó el archiduque y al de la reina la infanta. La misa fué la mesma que la primera, con el mismo orden y ceremonias, que así estaba antes concertado; y acabada la misa se publicaron las indulgencias en esta forma: « Nuestro muy santo padre Clemente, por la misericordia divina papa octavo, concede á sus Altezas, estando confesados y comulgados, plenaria remision de todos sus pecados, y á los que se hallaren presentes a esta misa, y rogaren á nuestro Señor por la felicidad deste matrimonio, y por el buen gobierno de los estados de Flandes, y por la exaltacion de la Iglesia católica y concordia de los principes cristianos, veinte años de perdón en la forma acostumbrada de la Iglesia. » Y acabada la misa, hechas sus reverencias como arriba, se entró en el corredor por la parte de la epístola.

Y hecho esto, el rey dió el parabién, y hizo muchos oficios de cumplimiento con el archiduque, correspondiendo él de la misma manera con gran reverencia. Entrambos se volvieron á la reina para lo mismo, sirviendo de faraute el archiduque; fueron después á la señora infanta y á la archiduquesa, saludándose y congratulándose recíprocamente. Llegaron después todas las señoras y damas principales á dar el parabién á sus Majestades y Altezas, á todas las cuales recibía su Majestad con muchas caricias. Hicieron el mismo oficio todos los grandes y el patriarca arzobispo. Y acabado esto, encaminaron acia la puerta por donde entraron; de allí la reina, infanta y archiduquesa entraron en una hermosísima y riquísima carroza, la reina en la popa, la infanta en el estribo de la mano derecha, y la archiduquesa en la proa. Las otras damas entraron en otras carrozas; el rey y el archiduque fueron á caballo acompañando siempre la carroza de su Majestad, y el rey á mano derecha donde estaba la infanta, con quien de cuando en cuando hablaba; el archiduque á mano izquierda, y hablando con la reina. Tiraban la carroza de la reina seis hermosísimos caballos, y las otras eran de á seis y de á cuatro. En este segundo acompañamiento se mudó el orden, porque el conde de Alba iba entre los grandes, y en su lugar el marqués de Velada. El marqués de Denia iba inmediatamente después del rey, como su camarero mayor, y detrás del archiduque el señor Dietristán, y desta manera (aunque con menos acompañamiento de caballería, por haberse todos casi ido á palacio á tomar lugar) llegaron al palacio real, y luego todos cinco se sentaron á una mesa en la sala mayor, que está colgada de paños riquísimos de seda y oro, que contienen la presa de Túnez.

El dosel, bajo del cual estaban, era de grandeza increíble, tenía las armas del rey en medio cargadas de infinitas joyas finas, las sillas eran de brocado, todas de una misma manera. Todos cinco estaban del un lado de la mesa en la cabeza de la sala; estaba en medio la reina y á su lado derecho el rey, y á la mano derecha del rey el archiduque; y á la izquierda de la reina la infanta, y á la izquierda de la infanta la archiduquesa. Servían al rey y al archiduque de maestre-salas y de coperos sus mismos caballeros y gentileshombres de la boca; y á la reina, infanta y archiduquesa sus damas deputadas para estos ministerios. La comida fué á las cinco de la tarde; y mientras duró hubo música de diferentes instrumentos, y en el mismo tiempo estaban todas las damas arrojadas á las paredes en pié, y de la misma manera y deshonetados muchísimos caballeros. Acabada la comida, se retiraron los cinco mientras las damas fueron á comer, y á las ocho de la tarde se comenzó un famoso sarao en la misma sala de todos los caballeros y damas que la mañana se hallaron en la fiesta, y de muchos grandes. Asentáronse sus Majestades y Altezas de la misma manera que en la comida. Danzaron muchos caballeros y damas, danzó el rey también cuatro veces con la reina, infanta y otra dama. Y mientras su Majestad danzaba, estaba el archiduque en pié y descubierta, y también estaban en pié las otras señoras que estaban á su lado, y todas las otras damas y caballeros. Danzó también el archiduque, y mientras danzaba, el rey le volvió la mesma cortesía, estando en pié con la gorra en la mano. Acabaron esta fiesta á las dos de media noche, y todos se fueron á sus posadas.

Al tiempo que esto pasaba en palacio, estaban los muros de la ciudad é infinitas casas della sembradas de muchas lumbres, las calles y plazas de muchas hogueras y lanternones con que hacían la noche clara como el dia; y este y los tres dias siguientes tres veces al dia hacia salva la artillería, y á las tardes había muchas invenciones de cohetes y fuegos artificiales, que en gran manera recreaba la vista aun de muy lejos. Y por concluirlo todo, fué tal este dia, que por la calidad y cantidad de personas, que de solo grandes y títulos pasaban de setenta, por la riqueza y hermosura de vestidos, por la grandeza y muchedumbre de libreas, por la belleza y gallardía de caballos, por los ornamentos y aderezos de las calles y plazas, y por otras infinitas cosas que en este triunfo se juntaron, no parece posible que en otro lugar y en otro tiempo, ni en otra ocasion se vea mas solemne, mas rico, ni mas regocijado espectáculo. Después desta memorable jornada y fiesta, la ciudad y reino de Valencia, agradecida á la merced que su Majestad le hizo con escogerla para esta boda, quiso solemnizarla con octava, toda de fiestas diferentes. El lunes 19 de abril, que se celebró la fiesta del bienaventurado san Vicente Ferrer, hijo y patron de la ciudad, se hizo la procesion acostumbrada, con mas orden, mas música, mas gente de lo que se acostumbraba. Juntáronse todos los oficios y artes hasta en número de cincuenta y uno, y cada uno llevaba todos los que eran de la misma arte, con su estandarte, que llevaba el mayordomo del oficio, y con músicas de diversos instrumentos. Tras desto iban diez gigantes danzando por las calles; luego las religiones, esto es, capuchinos, carmelitas descalzos, mínimos, trinitarios, mercenarios, carmelitas calzados, augustinos, franciscos descalzos, franciscos observantes, dominicos. Tras estos el clero de trece parroquias, con quince cruces de plata muy ricas; eran los clérigos cerca de quinientos. Luego el palio, bajo del cual venia el patriarca, arzobispo de Valencia, de pontifical, con mitra etc., y con sus asistentes, y delante dél el diácono y subdiácono con las reliquias del santo, y detrás los jurados y magistrados de la ciudad, y otra mucha gente; y con este orden fueron á Santo Domingo y pasaron al palacio del rey, y de allí volvieron á la

iglesia mayor. Este mismo dia á la tarde se jugaron alcancías en la plaza del Real, y jugaronlas sesenta y ocho caballeros valencianos que salieron bizarrísimos en hermosos caballos, con vistosas libreas y con infinitas luces de hachas. Mostróse mucho en este juego el marqués de Navarres, conde de Almenara, que era cabo de la cuadrilla de bridones.

Martes, á 20 del mismo mes, se hizo también de noche un torneo delante del mismo palacio real, para el cual habían hecho un cadahalso capacísimo, rodeado de otros muchos cadahalsos mas altos, que estuvieron poblados de lo mejor de España: teatro de mas de cincuenta ó sesenta mil personas con toda la hermosura y riqueza que se puede imaginar. Y aunque de noche, era tan claro, que el mismo dia claro envidiaba esta noche: había á trechos muchísimos lanternones, hachas innumerables y otras luces. Fué este torneo de solos caballeros valencianos: fueron dos los mantenedores, que son, el marqués de Navarres conde de Almenara, y el marqués de Guadalest, y veinte y ocho los aventureros que iban á cuadrillas, entrando cada cual con sus cajas y acompañamiento, y con muchedumbre de luces y varias invenciones. Defendían los mantenedores una demanda que en un cartel que vistosa y suntuosamente publicaron seis ó ocho noches antes, propusieron que la casa de Austria es la mayor de todas, y que el rey don Felipe el tercero y doña Margarita de Austria, su esposa (cabezas della), han de triunfar siempre del tiempo y de los siglos; que aunque todos concedían esta verdad, con todo se ofrecían á defenderla mejor que ningun otro. Fueron jueces deste torneo, señalados por su Majestad, el duque de Humala, el principe de Orange y el conde de Fuentes. Tornearon muy bien, y señalóse mucho el marqués de Navarres y otros caballeros de los aventureros. Fué luego vistosísimo, en el cual se gastaron pasados de treinta y cinco mil ducados, y duró gran parte de la noche.

Miércoles, á 21, partió desta ciudad la archiduquesa, madre de la reina, para Madrid á visitar á la Majestad de la emperatriz doña María, y salió acompañada de las personas reales y de mucha caballería. El rey y el archiduque fueron á caballo, y fueron hasta Cuarte, que es un lugarcito una legüecita lejos de la ciudad. Y vueltos el rey, reina, archiduque é infanta, hicieron aquella noche en palacio otro sarao como el de la noche primera. Danzó, el rey tres veces con la reina é infanta y otra dama. Publicóse también la misma noche la justa real que el sábado siguiente habían de hacer los caballeros valencianos. Fué esta publicacion como la del torneo, con un noble y hermoso acompañamiento de caballeros hermosa y ricamente vestidos. Fué el mantenedor el jurado mayor, llamado Dimas Pardo, y su ayudante Gaspar Vidal con doce padrinos, algunos dellos titulados, y entre otros los marqueses de Navarres y Guadalest.

Jueves, 22, se corrieron en el mercado toros, y jugaron cañas. Es el mercado una plaza capacísima, cercada toda de ventanaje y cadahalsos, que afirman habría otra tanta gente como en el torneo. Vinieron sus Majestades y Altezas acompañados casi como el primer dia, y corridos y alanceados algunos toros, corriendo como acostumbraban con buen orden y ricos vestidos á la morisca, que parece anduvieron en aventajarse á porfia. Fuera de mas gusto esta fiesta, si á causa de entrar sus Majestades y Altezas en ella tan tarde, no fuera casi noche el jugar las cañas.

Viernes, á 23, por la mañana se hizo la procesion que en Valencia se acostumbra dia de San Jeorge, por ser, como le reconocen, patron y defensor destes reinos. Fué la compañía deste santo con sesenta arcabuceros y cincuenta ballesteros, todos con sus habitillos blancos y cruz bermeja, con sus banderas, fuera del estandarte principal de la ciudad. Después de comer, todas

